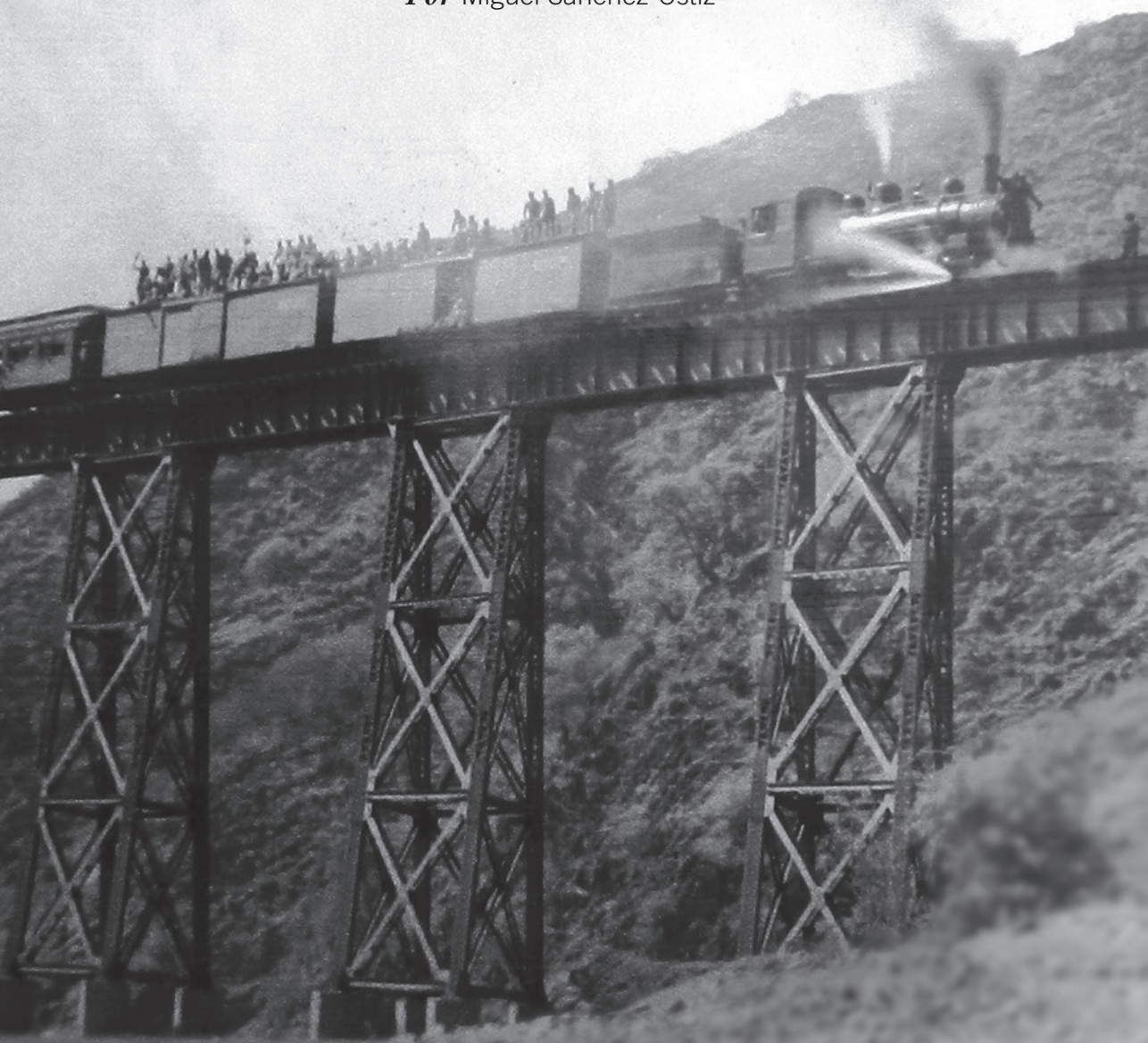


Ciro Bayo, vagamundos boliviano

Por Miguel Sánchez-Ostiz



Ciro Bayo y Seguro (1859-1939), vagamundos y dromómano, viajero finisecular por tierras americanas cuando pocos españoles lo eran, que lo mismo se dedicaba a desasnar hijos de gauchos en la Pampa argentina que montaba a caballo y se echaba al camino rumbo a la Exposición Universal de Chicago de 1893, la Colombina, con un cartel a la espalda que publicitaba su proeza. Una vida empañada, al menos en España, por una tristeza irremediable, pero que conoció un esplendor americano. Un Bayo, para mí, leído en los días heladores de Potosí, en el Archivo Nacional de Sucre y en la calorina de Riberalta, a orillas del Madre de Dios, en varios viajes entre 2009 y 2013.

Bayo entró en Bolivia desde la Argentina a finales de 1892 o en los primeros días de 1893. Lo hizo por La Quiaca (Villazón). Para entonces ya había padecido los rigores de la puna de Jujuy, tal y como relata en *El peregrino en Indias* (1911), su primera y más extensa y minuciosa crónica boliviana; un episodio que luego retoma, ampliado, en *Por la América desconocida* (1920 y 1927).¹

Su primera etapa boliviana fue Tupiza, una localidad que entonces era el feudo de los Aramayo, mineros poderosos y legendarios, y la minúscula capital de un territorio fronterizo sin ley o con poca ley, por el que pululaban buscadores de oro, desertores de guerras perdidas (como la tercera carlista), fugitivos de la justicia y aventureros de varias nacionalidades. Algunos pasarán como sombras por las páginas de Bayo: por ejemplo, esa en la que dice que, en aquella época, para triunfar en Bolivia sólo hacían falta un fusil y determinación. Pocos años después de que Bayo pasara por ese territorio minero,

aparecieron en escena Butch Cassidy y Sundance Kid, que atracaron un convoy de la empresa Aramayo.

De Tupiza, Bayo se dirigió a Potosí. Tardaría dos o tres días en recorrer el imponente camino que une Tupiza con la ciudad del Cerro Rico, unos 250 kilómetros. Deja rastro de su paso por la apacheta de la zona de Cotagaita, un lugar de culto a los apus y achachilas, las almas protectoras, y de ofrendas, entonces y ahora, situadas de ordinario en collados. Bayo se cruza con un muerto a caballo y deja a un lado una población desolada de nombre inquietante: Sepultura. Ese el primer encuentro con esa realidad boliviana de los mitos y las creencias ancestrales, un mundo mágico poblado de almas en pena intercesoras con el más allá, y con el consumo de hoja de coca, el acullico, del que dice servirse mezclado con leña (*llujta*) elaborada con ceniza de camote o cal.² Bayo da cuenta de la visión imponente del Cerro Rico que domina Potosí, esa ciudad en la que el diablo anda disfrazado de viento que te puede atrapar en la calle de la Pulmonía, escenario de codicias, riquezas y cuchilladas. La monja Alférez anda por la calle que lleva su nombre, cerca de la de las Víboras, escenario de la guerra de vicuñas (castellanos y extremeños) contra vascongados³ porque estos se hicieron con los puestos administrativos y los lavaderos de mineral. Y da cuenta también de que el esplendor minero es cosa del pasado. Si estuvo, como dice, en Tupiza para la fiesta de Reyes, la de los caballistas, Bayo no se detuvo mucho en Potosí porque llegó a Sucre el 11 de enero de 1893.⁴ Esa es una jornada muy larga para hacerla a caballo en cinco días.

En Sucre su primera estación es un tambo –esto es, un alojamiento populoso para arrieros, viajeros a caballo, mercaderes con sus mercaderías y almacén de éstas– de los que, al menos en la ciudad de La Paz y en el mismo Sucre por la parte del Mercado Campesino, quedan algunos ejemplos residuales. El de Bayo estaba en un antiguo convento desamortizado por el mariscal Sucre. Habla ya de la llajua, ese condimento que acompaña todo plato boliviano y cuyo ingrediente más notable es el locoto, tan picante que Bayo lo bautiza como «botafuego».

A los días de llegar, Bayo se dirige a la Recoleta, el espléndido convento franciscano que domina la ciudad desde el cerro Churuquilla: una sucesión de preciosos patios ajardinados y una formidable biblioteca. A juicio de Tristán Marof en su corrosiva novela *La ilustre ciudad*⁵ –el pasaporte que le permitió a su autor no poder regresar jamás a Sucre–, aquel convento, en el que casi todos los frailes eran vascongados, «olía a Pamplona y a carlismo». Bayo no cayó con mal pie.

Su protector es un fraile catalán que enseguida le busca un quehacer y lo acompaña a La Florida, la finca de Aniceto Arce, expresidente de la República, situada a pocos kilómetros de Sucre en la carretera de Potosí, por la que había entrado días antes. Imagino que Bayo se quedaría tan pasmado ante el lujo de la quinta como se queda hoy el viajero a la vista del espectáculo de sus imponentes ruinas: un paraíso de jardines, albercas, cultivos, patios, fuentes, salones con empapelados franceses, frescos alegóricos que dan la medida de la magnificencia minera... Ah, sí, y agua corriente caliente y fría, si no en todas las habitaciones, sí

en muchas, lo que a juicio de don Pánfilo, el originario quechua que cuidaba de las ruinas y de sus fantasmas –y mostraba de paso los túneles en los que estos habitaban–, era el colmo del lujo. El mobiliario hace mucho que se fundió en remates y anticuarios argentinos y bolivianos.

Decir Aniceto Arce era decir poder: poder político y poder económico. Era uno de los miembros de la rosca minera y había sido presidente de la República hasta el año anterior. De hecho, la sede del gobierno de la República estuvo en La Florida. Sea a través de Arce, de los amigos de Arce o de los frailes de la Recoleta –donde vivió Ciro Bayo–,⁶ el caso es que Bayo se ve en el trance de montar un colegio para la buena sociedad sucreña. Así, entre los meses de marzo, abril y mayo de 1893, Bayo inserta en el periódico *El Día* su anuncio de «Colejio Infantil», el que acabó abriendo en el número 179 de la calle de San Alberto, «al lado de las Educandas». Ese número no se encuentra hoy día, pero sí otras edificaciones, con patios coloniales rodeados de galerías, que permiten hacerse una idea de cómo era el colegio de Bayo.

Bayo no estaba solo en esa empresa porque desde el comienzo aparece como socio suyo Víctor Puig, poco menos que relegado al olvido pero presente entonces. Su vecino y competidor en la enseñanza era Ricardo Mujía, que tenía su colegio en la misma calle de las Educandas y daba clases de «dibujo, francés y caligrafía».⁷ Mujía, activista político, prócer social, publicista, sería una de las relaciones habituales de Bayo en Sucre.

A juzgar por las pistas que deja a su espalda, Bayo se integró enseguida en aquella sociedad sucreña que retrata Ma-

rof: pacata y clasista hasta casi hoy día. No en vano los aymaras del altiplano llaman a los chuquisaqueños «los bolígrafos» por su prurito de «sangre azul». Basta visitar su cementerio: el Père-Lachaise de *La Plata perulera*.

La Chuquisaca que Bayo conoce es la heredera de la época de la explotación del Cerro Rico y los veneros de Potosí. Los propietarios mineros vivían en Sucre porque su clima es mucho menos hostil que el de Potosí. Para saber cómo era la ciudad en la época de Bayo hay que escudriñar con lupa viejas fotografías y dejarse llevar por el cabe imaginar, pero hay suficientes elementos de juicio facilitados por el propio Bayo para afirmar que se trataba de una sociedad estamental, de grandes diferencias sociales, donde la alcurnia familiar pesaba tanto o más que el propio dinero de origen minero, potosino o no, que era el que daba lustre a la ciudad desde siglos atrás. Detrás de Sucre están las instituciones, pero también las minas y los negocios mineros.

Digo que Bayo se integra en aquella sociedad porque muy poco después de su llegada empieza a colaborar en la prensa local y en diferentes sociedades cívico-culturales, por ejemplo, como miembro honorario de la Sociedad Bernardo Monteagudo.⁸ Ya sea a través de seudónimos diversos –Boyarico, Cairo y otros–, Bayo no desdeñó las polémicas, entre literarias y políticas, y tuvo varias, y agrias. Se hizo notar.

Unos meses después de abrir su colegio y ya activo ciudadano de Sucre, Bayo acomete su propia empresa periódica y funda *El Fígaro*, en cuya mancheta se puede leer: «Periódico Cómic-Literario, Director: Ciro Bayo».

El primer número de la revista aparece el 10 de agosto de 1893. Se proponía salir los días 10, 20 y 30 de cada mes. La suscripción costaba un boliviano. Entre los colaboradores figuran nombres «de la mejor sociedad chuquisaqueña», letraheridos, políticos o desocupados de casino diurno y chichería nocturna, tal y como los dibujó Víctor Puig. En ese primer número aparece, a modo de «Presentación y saludo», una conversación de Bayo, desdoblado en Fígaro, que declara: «Tengo algunos ahorrillos, quiero establecerme en Sucre y, quiero además, cultivar el trato de su sociedad que me han dicho ser la flor y nata de la gente boliviana». Algo que no debió salirle del todo bien, aunque sí se relacionó con gente que, en ese momento, llevaba las riendas del país y figuró en la política y las finanzas bolivianas hasta muy tarde. Campero, Arce, Baptista..., Bayo trata, a la vez, con liberales y con conservadores, que un año después de salir éste de Bolivia iban a enfrentarse de manera sangrienta en la Guerra Federal (1898-1899). Es en ese contexto en el que hay que ver la publicación de *El Fígaro*.

Lo cierto es que Bayo pagó la publicación con los ahorros que había hecho con su paga en el colegio y con las aportaciones voluntarias de los suscriptores, que le llevarían enseguida a mal traer. Resulta gracioso el «Palique» dedicado a quienes se suscriben y no pagan.

En ese primer número, además de una declaración de intenciones, Bayo publicó un poema de autorretrato jocoso titulado «Buena vida», en el que aparece ese hombre bienhumorado que pone de relieve Pepe Esteban, su gran valedor desde hace mucho:

«Me levantaré a las nueve / Haré ganas y al Central / Al Tararí, al 6 de Agosto / O al restaurant Cardinal / Tendré caballo chileno / En coche pasearé / Y en la plaza y en El Prado / De pepe presumiré... / Iré vestido de leva, / choco y botas de charol; / y en verano iré a la finca / si me pica mucho el sol. / Esta vida tan buena / cuando me case he de hacer... / con tal que me traiga en dote / harta plata mi mujer».

Acechar una buena dote, ir a la finca si le pica mucho el sol, una «vida buena»... ¿Era así Bayo o así le gustaba verse o presentarse en escena? ¿O por el contrario se trataba de una crítica velada a un público de ociosos y de ilustres sin quehacer que poblaban el escenario? De hecho, en la revista arremeterá contra la juventud ociosa de la ciudad, pese a la universidad de los jesuitas.

Un examen de los veinticuatro números aparecidos entre el 13 de agosto de 1893 y el 8 de mayo de 1894 permite conjeturar sobre la vida que llevó Bayo en Sucre, sus altibajos y sus curiosidades. La revista era su certificado de existencia. Como director de *El Fígaro*, Bayo era alguien en un mundo en el que contaban otras cosas que las que él podía aportar, y de las que carecía: dinero, posición social, entronques familiares, alcurnia... Me temo que Bayo, en aquel mundo cerrado y estamental, era un adorno, estimado pero adorno.

En *El Fígaro*, Bayo escribía el editorial, un «Palique», que apareció en casi todos los números. También firmó otras colaboraciones con el seudónimo de Boyarico, ya habitual en prensa, y sobre todo no perdió la oportunidad de

colaborar con unos poemas infumables pero no mucho más que los del resto de los colaboradores, salvo tal vez uno dedicado a su experiencia de cabalgar por la pampa Argentina que recuerda a Estanislao del Campo. No eran buenos, pero eran auténticos –Caro Baroja *dixit*, aunque dudo que los hubiese leído–.

Algunas de sus colaboraciones en *El Fígaro* fueron a parar a libros posteriores, como ese artículo publicado en el número 24, titulado «Americanismos», que se corresponde con el capítulo IX de *Chuquisaca o La Plata perulera*.

Tienen interés sus colaboraciones firmadas con el seudónimo Boyarico. Se trata de una serie de «Escenas andaluzas». En total son siete crónicas en las que Bayo habla de ciudades andaluzas, de los gitanos y su historia –y del origen fantástico de su lengua, la germanía–, del cante hondo, de los cafés cantantes y de las corridas de toros. Lo hace de manera amena, con conocimiento de causa. ¿Bayo taurino? ¿Bayo flamenco? En esas páginas está. Resulta más ameno que divagando sobre el tamaño de los cráneos y la degeneración de la raza o haciendo el elogio de la familia como institución social de primer orden (y etcétera), algo sin duda pintoresco para un aventurero.

Las colaboraciones de Bayo reflejan un personaje que de aventurero tiene muy poco y de extravagante mucho. Por ejemplo, en el número 21 de la revista, publicó una demencial colaboración titulada *Filemón y Baucis (Égloga)*, dedicada nada menos que «Al Ilustrísimo Señor Granado, Obispo de Cochabamba». Son 32 octavas reales (y poco republicanas). Un diálogo imposible entre los inevitables Menandro, File-

món, Baucis, acompañados nada menos que por Venus y Mercurio, que es quien acaba llevando la voz cantante... Ahí aparece un Bayo muy servidor de la jerarquía eclesiástica. Que fuera deudor de los franciscanos de La Recoleta, hasta un punto que él no aclara, no lo explica todo; de hecho, viajó al Beni con recomendación franciscana.

De lo que sí habla Bayo es de la presencia y del predicamento de los eclesiásticos en la vida boliviana. Si habla de sus costumbres más bien licenciosas lo hace señalando que es una tradición desde la época de la colonia. Los hijos de curas, los candeleros,⁹ son algo más que una recurrente leyenda urbana boliviana.

Hubo un momento en que la revista pareció coger vuelo y pasó de las alrededor de ocho páginas a doce, con ilustraciones y viñetas, y alguna página final desmañada, obra de su colaborador Víctor Puig, a quien Bayo elogió con motivo del carnaval sucreño.

En el número 7, escribe Bayo: «En Bolivia por lo general se habla pestes de España porque se la desconoce en absoluto», algo que, si valía para 1894, también vale para más de cien años después. Se queja de que los poetas locales riman España con saña, ingratitud, inconsciente e injusticia, pero celebra los 3.000 fusiles máuser que la Argentina presta al Gobierno español para la guerra de Marruecos. Y en *El Sucreño* publica una efeméride¹⁰ que festeja la «gran gesta» de la independencia americana.

Al margen de los poemas, los paliques y las escenas andaluzas, Bayo mantuvo una agria polémica con escritores bolivianos (más agria de lo que él mismo querrá recordar), con un trasfondo turbio

de nacionalismo, que tal vez fuera uno de los motivos por los que la revista se fue al traste. No sólo se trató de un asunto económico. La liquidación de la revista tuvo que influir en el estado de ánimo de Bayo, reflejado en las páginas de *Por la América desconocida*,¹¹ donde dice que al cabo de dos años empezó a cansarle la enseñanza y le volvieron las ganas de recorrer tierras, de ir a los Andes, asomarse a la costa perdida, meterse en el oriente boliviano... Mucho viaje para tan poco tiempo.

En las vacaciones del tercer año escolar, que serían las de 1895, es decir, el mismo año que lo encontramos trabajando para el Congreso boliviano, se desembaraza del colegio buscando un sustituto de nombre Lamiñana, que recibirá la subvención del Congreso y sus emolumentos. Y es que, ese año, entre septiembre y noviembre, Bayo tuvo un oficio ocasional y breve, pero muy bien pagado, en el Congreso boliviano, lo que le permitió asistir a unas sesiones en las que se trataron temas relacionados con su vida futura en la región de Rivera-Alta (entonces) y del Madre de Dios. Bayo se había hecho amigos en Sucre. Algunos de los colaboradores de su revista eran congresistas, *honorables* en la terminología de la época.

Como él mismo cuenta en *La plata perulera*, las actas de las sesiones en las que intervino están publicadas en *El Redactor de la Cámara de Diputados* correspondiente al año 1896,¹² unas veces como taquígrafo y otras taquígrafo-redactor.¹³ Bayo confesará que no sabía taquigrafía, pero que corregía el estilo de los taquígrafos y hacía hablar a los diputados como *Castelares*, por lo que estos quedaban agradecidísimos.

El interés de las actas de esas sesiones del Congreso es que algunos de los graves asuntos en ellas tratados encontrarán reflejo en *La plata perulera*. Me pregunto cómo los escribió ¿Se trajo a España notas, recortes de prensa, diarios...? No lo sé. Probablemente sí. ¿Dónde están? ¿No desaparecieron todos en la barraca San Pablo cuando fue incendiada por «los bárbaros»?¹⁴ «Bárbaros», expresión esta para referirse a los hoy indígenas originarios, habitantes tanto de la pampa argentina como del Madre de Dios, que se encuentra en la prensa y en las actas del Congreso, y que enmascara un genocidio sin paliativos.

La actividad en el Congreso le permitirá a Bayo conocer de cerca la realidad boliviana de la época: justicia, administración civil y eclesiástica, leyes mercantiles, asuntos de aduanas, relaciones internacionales (muy tensas con los Estados Unidos), territorios amazónicos explorados e inexplorados, condiciones de vida de los indígenas originarios, educación nacional, concesiones de entradas caucheras... Ciro Bayo escuchó describir la Amazonía como un lugar sin ley, habitado por salvajes con los que toda comunicación se hacía imposible: no podían mandar abogados, médicos, jefes o secretarios (sic)¹⁵ por la inseguridad de la región; había que construir fortines que defendieran las barracas y entradas caucheras; los barraqueros que colonizaban la región reclamaban tierras, concesiones y privilegios, y fuertemente armados se peleaban a muerte entre ellos. Los indígenas, por su parte, están lejos de tener «masedumbre», dirá el ministro de Colonización. Hablan también de atraer colonos europeos, pero estos, sin protec-

ción armada, no acuden. Por eso hay que construir fortines. Por lo que respecta a los hoy originarios, se señala su negativa al servicio militar obligatorio,¹⁶ algo que durará hasta la guerra del Chaco. Curiosamente entre votaciones de leyes abstrusas, le tocó redactar actas en las que se trata de asuntos como reclamos, abonos y subvenciones a la Iglesia boliviana.

Durante esos meses, Bayo se empapó de Bolivia, al margen de conocer de cerca y tratar a importantes personajes políticos de aquella época, pertenecientes a la clase dirigente: el poderoso minero Aramayo, por ejemplo, empeñado en la capitalidad de Tupiza, su feudo más importante. En las actas del Congreso se pueden rastrear algunos pasajes de *La plata perulera*, como la defensa del indígena que hace en el capítulo XIV, con la sesión en la que se habla de un impuesto sobre los cadáveres y la explotación indígena, y un diputado (Bayo taquígrafo y redactor) describe a los indígenas por completo desposeídos (silencio en la sala). Todos de acuerdo, pero cada cual a lo suyo, a su negocio. Tal vez como ahora mismo.

Cuando ese año se clausuró el Congreso, el ministro de Instrucción Pública y Colonización le envió al Beni con un cargo oficial «satisfaciendo así sus deseos de visitar el oriente boliviano».¹⁷ El cargo consistió en la instalación de las escuelas de Riberalta y Villa Bella, para lo que recibió una dotación de 1.200 pesos, más otros 50 para útiles para las dos escuelas, y 1.500 pesos más para la construcción de un local.

Sucre es un buen lugar para preguntarse por ese viajero español que viajó por tierras americanas cuando no lo hacía nadie. ¿Por qué se echa Ciro Bayo al cami-

no? No quedará muy claro. Mariano Baptista Gumucio me dirá que fue porque padecía dromomanía. Esa puede ser una explicación a su temperamento inquieto, ya baqueteado, que pasa de los frailes a la gente armada sin pestañear. Yo no tengo claro en qué momento Bayo viaja a La Paz y de ahí a Yungas, hasta Chulumani, el país cuasi tropical que la Cordillera Real separa, un territorio bravo de cocaleros ahora (y de narcos), de cafeteros en su época –donde hubo Café del Panteón, el del cementerio de Chulumani, hay ahora *jacuzzis* para elaborar pasta base..., y pocas bromas–. Encajar los viajes de Ciro Bayo en su cronología no es fácil. Muchos viajes, poco tiempo y comunicaciones lentas y precarias; pero estar, estuvo, sólo así se entiende la precisión de *Las grandes cacerías americanas*, de los lugares desconocidos para los que aporta una «guía de viajeros en casa», a la manera de Ford.

RIBERALTA

En mayo de 1896,¹⁸ Ciro Bayo se dirige al oriente boliviano en una expedición de una dureza extraordinaria, que justifica la envidia barojiana, y de ahí al Beni, pasando por Moxos y navegando por el Mamoré hasta llegar por tierra a Riberalta y Villa Bella, poblaciones separadas por la estruendosa Cachuela Esperanza, el feudo del feroz gomero Nicolás Suárez. Un viaje largo y muy duro que relata con una asombrosa minuciosidad y riqueza de informaciones recogidas sobre el terreno o fruto de su trabajo de erudito, como cuando cita a Alcides d'Orbigny, cuya obra, el clásico *Voyage en Amérique méridionale*, sólo pudo leer en la edición de 1835-1847.

La Riberalta que conoció Bayo era una población recién fundada sobre la base de campamentos y fortines militares que protegían la todavía incipiente explotación de la goma. Tanto en la prensa de aquellos meses como en las sesiones del Congreso, Bayo tuvo oportunidad de leer y escuchar que aquellas eran «regiones abandonadas», territorios que era preciso defender con las armas; que había mucha mortandad a causa de los ríos y de las enfermedades, y que las compañías de seguros no querían asegurar nada que tuviera que ver con aquella remota región.

Riberalta era una ciudad en la que se hacía dinero fácil, cundía la explotación de indígenas y de blancos cautivos por deudas obligados a trabajar en condiciones de esclavitud; había alcoholismo, mucho juego y ninguna ley que no fuera la de las armas. Ese será el testimonio de Luigi Balzan, que viajó por la zona en 1892.¹⁹ Pocos años después de Bayo, aparecerá en ese mismo escenario el inglés Percy B. Fawcett,²⁰ y la impresión será peor que la del español: una prisión sin otros barrotes que la selva, donde la explotación, los abusos, los crímenes quedaban poco menos que impunes, y donde a diferencia de lo dicho por Bayo, más que buenas armas, lo que había que tener era mucha munición.

En el comienzo del siglo XXI, la situación no es tan sobrecogedora pero no deja de ser inquietante a nada que te apartes de los caminos trillados. Ya no hay, o apenas, caucho, pero hay empresas beneficiadoras de castaña en condiciones poco claras y discutidas; hay conflictos con los madereros, con los buscadores de oro legales e ilegales; hay contrabando con el Brasil y hay narco-

tráfico, y las rutas son de extrema inseguridad a juicio de quien cobra el viaje.

El encargo oficial de montar una escuela que le lleva a Bayo a Riberalta quedó en nada y se vio obligado a buscar un empleo, o a aceptar el primero que se le ofrece, como contador de una barraca gomera, la San Pablo, propiedad de Nicanor Salvatierra, situada río arriba del Madre de Dios, en una zona de grandes meandros y pantanos en los que el escritor se dedicó a cazar caimanes. Hoy, de la barraca queda muy poco, por no decir nada: un astillero ruinoso y unas edificaciones que se traga la selva, pero que permiten apreciar que aquello no fue nunca un paraíso.

El Madre de Dios es un río impetuoso, de no fácil navegación a la remontada, de modo que si no obtienes plaza en un pesado batelón, el barquero del puerto de Riberalta que te lleve tiene que ir esquivando los grandes troncos que arrastra el río porque un golpe equivale a un naufragio seguro.

Bayo no cuenta cómo conoce a Salvatierra, pero algo debía de haber leído en los periódicos de dos años atrás porque los hermanos Salvatierra aparecen implicados en la instigación del asesinato de Augusto Roca Sucre.²¹ Bayo lo describe como un caballero pero con la ferocidad de los barones de la goma, y Salvatierra, que lo era, se hizo legendario. De «los temibles Salvatierra», los tildó un historiador boliviano. El mismo Bayo narra prácticas feroces, como la caza de esclavos entre tribus enemigas, o habla del harén de mujeres nativas de don Nicanor, algo que los propios historiadores bolivianos consideran una rareza. Meses in-

tensos de aventuras aquellos para Bayo, al menos como testigo, que el jalona de otros viajes, hasta Manaos incluso. Aun tuvo tiempo de escribir y fechar allí *La Colombiada* y *El vellocino de oro*, perdido éste en el incendio de la barraca San Pablo junto con su equipaje y mamotretos, esto es, la notas de sus viajes por la Argentina y Bolivia.

En el verano del 2011 hablé con un nieto de Nicanor Salvatierra. Sí, había oído hablar de Ciro Bayo, pero no recordaba nada que no fuera lo publicado en prensa en forma de folletín. En la plaza de Riberalta, el nieto me desgranaba la decadencia y ruina de la barraca San Pablo. En Riberalta todo son ruinas, todo está medio comido por la selva, todo ya fue, ya pasó. Era más interesante escucharle hablar del campo de concentración de Carahuara de Carangas, en el que estuvo recluido en su condición de falangista tras la revolución de 1952. Bayo era un recuerdo ajeno, una sombra, alguien que pasó de largo, en otro tiempo.

En la barraca San Pablo debió de estar Bayo un año y medio, no tres como dice.²² Ahí escribió *La Colombiada*; vivió de cerca las rebeliones indígenas, las pugnas entre etnias diferentes; tuvo ocasión de ver las espantosas condiciones en las que trabajaban los desgraciados, originarios o blancos, que caían en manos de los gomeros, fueran estos «barones» o no; participó en una expedición a la caza de arañas con un pretexto poco convincente, como es el de hacerse con trabajadores... Su relato no choca con la información que dieron Balzan, por un lado, y Roger Casement, por otro, en su informe sobre el Putumayo, pero su tono no es el de la plena denuncia. Se limita

a relatar hechos y detalles de formas de vida atroz.

¿En qué fecha salió Bayo de Bolivia? Él dice que en 1898 y en *Por la América desconocida* comenta que al tiempo de su salida acababa de llegar la noticia de la muerte de Fermín Fitzcarraldo y del doctor Vaca Díez, ocurrida el 1 de mayo de 1897, en el Ucalali –en una expedición que no era precisamente unas «conversaciones de negocios»–,²³ tiempo después de su salida de la región, lo que permite situar en 4 años la estancia de Bayo en Bolivia. Salió, dijo, con un arco y unas flechas, unas pieles de boa y de tigre y un puñado de libras esterlinas, la moneda que corría la Amazonía –era la banca de Londres la que se encargaba de los intereses gomeros–, como todo patrimonio –curioso destino

ese cuando por fuerza tuvo que ver correr los números de la fortuna entre sus manos–, y con algo enigmático de lo que no habla pero que para mí resulta obvio: una cantidad nada despreciable de notas de todas clases (etnográficas, personales, paisajísticas, lingüísticas...). De lo contrario, no se entiende la bibliografía boliviana que publicaría en Madrid a partir de 1910 por mucho que hubiese podido tirar de diccionarios, enciclopedias y tratados de botánica, mineralogía o zoología, terrenos en los que suministró una asombrosa cantidad de datos de todo tipo –económicos, botánicos, etnográficos– e informaciones precisas, poco corrientes en una España que todavía tiene pendiente no la conquista, sino el descubrimiento efectivo y pleno de América.

NOTAS

¹ «Indios, pampas, gauchos y collas», en *Por la América desconocida I*, publicado en volumen independiente por Caro Raggio en 1920, con ilustraciones de Galvan.

² *El peregrino en Indias*, cap. III, in fine. En realidad habla en todos sus libros con mayor o menor extensión. Se ve que lo conocía bien.

³ Episodio éste estudiado por un personaje para mí inolvidable: el historiador y diplomático don Alberto Crespo Rodas.

⁴ *Ciro Bayo, La terraza de los Andes*, p. 95.

⁵ Aunque publicada, por precaución, en 1950, la novela estaba escrita varias décadas antes.

⁶ Información de la historiadora Marcela Inch, directora del Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia, en Sucre (2011). No he podido corroborar la información.

⁷ *El Día*, Sucre, 3-III-1893.

⁸ *El Sucrense*, 9-VII-1893.

⁹ Recoge esta voz en su *Vocabulario criollo-español sudamericano*.

¹⁰ *El Sucrense*, 10-XI-1893.

¹¹ P. 133 y ss. de *La terraza de los Andes* (1920), y p. 139 y ss. de *Por la América desconocida*, edición también de Caro Raggio pero de 1927.

¹² *El Redactor de la Cámara de Diputados*, Sucre, Tipografía Excelsior, 1896.

¹³ La firma de *Ciro Bayo*, bien como taquígrafo, bien como redactor, o como ambas cosas, se encuentra en las sesiones

de los días 2-IX-1895, 6-IX-1895, 9-IX-1895, 12-IX-1895, 14-IX-1895, 21-IX-1895, 23-IX-1895, 27-IX-1895, 30-IX-1895, 3-X-1895, 10-X-1895, 12-X-1895, 15-X-1895, 17-X-1895, 21-X-1895, 29-X-1895, 30-X-1895, 4-XI-1895, 6-XI-1895, 8-XI-1895, 11-XI-1895 y 19-XI-1895. En total son veintidós sesiones.

¹⁴ Bayo, *Ciro*. *La Colombiada*, Madrid, Lib. Gen. De Victoriano Suárez, 1912, p. v.

¹⁵ Sesión del 16 de noviembre de 1895. Habla el diputado Rebollo.

¹⁶ Acta de la Cámara de Diputados de Bolivia, 12-X-1895.

¹⁷ *Chuisaca*, p. 383.

¹⁸ *Por la América desconocida*, pp. 188 y 276.

¹⁹ Balzan, Luigi. *Viaggio di esplorazione nelle regioni centrali del Sud America*, Milán, Treves, 1931.

²⁰ Fawcett, P. H. *Exploración Fawcett. Adaptada de sus manuscritos, cartas y memorias por Brian Fawcett*, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1954. Hay edición española: *A través de la selva amazónica. La increíble aventura del explorador que inspiró el personaje de Indiana Jones*, Barcelona, Ediciones B, 2003.

²¹ *La Estrella del Oriente*, Santa Cruz de la Sierra, 23-XII-1893.

²² *La Colombiada*, Victoriano Suárez, Madrid, 1912, p. v.

²³ García Morcillo, Juan. «Del caucho al oro: proceso colonizador de Madre de Dios», en *Revista Española de Antropología Americana*, vol. XLII, Madrid, Universidad Complutense, 1982.